

Rasgos de la experiencia cristiana en una Iglesia que busca la justicia

Benjamín González Buelta, S.J.

La bisagra de fin de siglo

La década de los 90 ha estremecido nuestro mundo con cambios profundos, rápidos y sorprendentes. La caída del muro de Berlín, puede ser símbolo del final de una época. La construcción de otro muro, mucho más largo y mortífero en la frontera entre Estados Unidos y México, puede ser el símbolo del comienzo de otra época de grandes desafíos. En esta bisagra, en la que gira la historia, se abre una nueva problemática: el final del segundo milenio.

En este mundo globalizado se ha debilitado la confrontación Este-Oeste, y se ha profundizado más la confrontación Norte-Sur. Para los pobres, mayoritariamente situados en el Sur, no hay salida. Han pasado a ser excluidos. No cuentan en el sistema neoliberal que domina la organización económica de los mercados. La brecha entre pobres y ricos se ahonda y se ensancha.

Por otro lado, nunca como ahora la cultura hegemónica ha tenido una tecnología tan eficiente para llegar a través de los medios de comunicación hasta los grupos más perdidos en la geografía marginal. Esta cultura impacta las culturas más tradicionales y las fragmenta, creando confusión y malestar en la identidad de grupos y personas.

Han surgido nuevas formas de pobreza, como los desplazados urbanos o étnicos, los niños de la calle, la explotación femenina en zonas francas o redes internacionales de prostitución, la delincuencia y la criminalidad en los barrios en la lucha por el control de la droga...

En esta situación el Sur pobre lanza oleadas de emigrantes clandestinos hacia el "paraíso" del Norte. Muchos mueren o desaparecen para siempre en el intento. También los pobres de los países ricos sufren esta situación. Esto provoca una gran desintegración personal familiar y comunitaria.

Anunciamos la liberación... pero llegó el neoliberalismo

Hemos anunciado durante dos décadas la liberación de los pobres, pero llegó el neoliberalismo. El creyente que busca la justicia que nace de la fe, en una opción preferencial por los más pobres, también ha sido sacudido en su fe. Nos preguntamos de qué manera este choque ha afectado a los creyentes de nuestras comunidades e Iglesias en su experiencia de Dios.

Las reacciones ante esta situación son diversas. En un primer momento, sobre todo allí donde la caída de las utopías ha sido más violenta, muchas personas se han sentido sumidas en el desconcierto y el desencanto.

Algunos han buscado espacios más cálidos y protectores donde vivir la fe. Otros se han desvinculado de la práctica religiosa habitual, aunque guardan un cierto nivel de compromiso más personal, sin pasar por una vivencia comunitaria y sacramental de la fe.

Dentro de las comunidades cristianas más comprometidas en el servicio de la fe y la promoción de la justicia, los jóvenes que llegan nuevos y los nuevos cristianos adultos que se acercan, ya no se sienten identificados con el lenguaje y los símbolos de los cristianos "de la primera hora", a los que se les hace difícil reestructurar su lectura de la realidad y su mundo simbólico. Los jóvenes se presentan con unas necesidades muy grandes de clarificar su propia intimidad confusa y desintegrada.

Todas estas reacciones diferentes, van llevando a las *comunidades cristianas a reformular su identidad y sus proyectos*. Este proceso puede ser lento y difícil, pero impostergable si no se quiere permanecer como un reducto del pasado.

Nuevos signos de los tiempos

También hay grupos de personas que han logrado superar el primer espanto de la caída de las grandes utopías para los pobres, y tienen viva la dimensión utópica de todo corazón humano, pudiendo discernir los signos del actuar de Dios en los tiempos nuevos. Yo me fijo en tres dimensiones de esta novedad.

- La necesidad de trascendencia que se expresa con fuerza en medio del invierno congelante de la secularización y del extraordinario progreso científico y técnico. Se busca por todas partes, en todo tipo de sectas y grupos. No se busca tanto la certeza racional en medio de un laberinto tan grande de "razones", sino más bien la experiencia afectiva, la mística religiosa que resuena en el cuerpo y el corazón.

Ni la sociedad técnica, ni la "cultura del bienestar", de la "satisfacción" y del "entrenamiento"..., bastan para llenar el corazón humano. Tal vez aquí encontramos la conocida afirmación de K. Rahner: "El cristiano del futuro será un místico o no será cristiano".

- El descubrimiento del "otro" como diferente que me responde y me salva, es otro rasgo característico de nuestro tiempo. Los medios de comunicación social, y la posibilidad de moverse por el mundo con rapidez superando fronteras cerradas en otros tiempos, nos han permitido acercarnos a otras personas antes deformadas por prejuicios religiosos, culturales, raciales...

Nos sentimos más próximos unos de otros en esta aldea global. Sentimos la necesidad de acercarnos a otras culturas y religiones con la certeza de que podamos encontrar en "lo otro", elementos necesarios para ser más "nosotros mismos".

La diversidad se asoma constantemente a la intimidad de nuestros hogares en pantallas y publicaciones, y la vemos cruzar por nuestras calles y aeropuertos como turistas, peregrinos, agentes de negocio, atletas, artistas... Este rostro multicolor ensancha nuestra concepción de lo que es el ser humano y nos hace sentir una comunión nueva.

- Así van surgiendo *nuevas solidaridades* inesperadas, con compromisos concretos a favor de una humanidad nueva. Pueden unirse astronautas de diferentes nacionalidades y creencias girando confinados en una cápsula estrecha por el espacio. Las asociaciones de profesionales "sin fronteras", (médicos, ingenieros... etc), las "comisiones de la verdad" que se dan la mano por encima de las nacionalidades para esclarecer crímenes de Estado

o desaparecidos insepultos en la memoria del pueblo; los "voluntariados" de diversos tipos, las ONGs de servicios a la salud, a la educación..., las organizaciones ecologistas que buscan una tierra más libre de la contaminación y la depredación, son algunos ejemplos a nivel internacional. Muchas de estas organizaciones tienen ya sus mártires.

También dentro de realidades más pequeñas y locales, se inician grupos, comunidades, proyectos, con una participación creciente de todos los sectores sociales, para construir una sociedad más justa, participativa y fraterna.

En enero de 1998 el Papa Juan Pablo II y Fidel Castro se encuentran en Cuba, y se unen para hacer la misma denuncia contra el embargo y el capitalismo neoliberal, en medio del respeto a las diferencias profundas que los separan a ellos mismos. ¿Quién hubiera podido predecir unos meses antes esta nueva solidaridad?

En esta ahora que nos toca vivir, se han eclipsado utopías, con ideologías y caminos bien trazados para llegar hasta ellas. Pero hay "absolutos" que han emergido con fuerza. La necesidad de encontrarse con el Absoluto, la referencia al otro, pobre, diferente, excluido... en una tierra no contaminada, y las nuevas solidaridades nos llevan a estar atentos a todo lo que nace hoy, a todo lo germinal como expresión del Reino de Dios que hace nuevas todas las cosas.

Una nueva síntesis espiritual

Buscando la justicia del evangelio, hemos caminado con los pobres de nuestro continente, hemos avanzado con nuestro pueblo en una relación de mutuo aprendizaje. También ahora, podemos avanzar, juntos, intentando una nueva síntesis de elementos fundamentales de nuestra fe que deben estar siempre en diálogo entre sí, aportando y aprendiendo de los pobres a los que queremos servir.

Amor eficaz y amor gratuito

Durante los últimos años la teología latinoamericana insistió en la necesidad de un amor eficaz, que realmente ayudase a que la liberación de los pobres fuese real.

No basta con la buena intención, con la pureza de las motivaciones. Es necesario buscar los caminos reales por donde se

alivia o se supera la privación de los derechos fundamentales que afecta a los pobres, tanto en cada caso concreto, como en el cambio estructural de la situación que genera la injusticia.

La parábola del buen samaritano nos muestra toda el movimiento del amor cristiano. Se deja conmover por el asaltado al borde del camino, y se compromete con él. Lo carga en su montura, lo lleva hasta la posada más próxima y paga todos los gastos.

En la parábola del juicio final, que es la norma de juicio de toda persona y sociedad, el criterio último para conocer la calidad de la existencia humana, se juzga en que efectivamente se dio de comer y se visitó al hambriento y al preso.

Pero esta dimensión de la eficacia, tiene que dialogar con el amor gratuito. El Reino es un don de Dios, es gracia de Dios que pasa por nuestra propia persona para entrar en nuestro mundo.

Al pasar por nosotros, podemos infectarlo con nuestras propias contaminaciones. A veces no sólo estamos respondiendo con desinterés a los problemas de los demás, sino que estamos llenando vacíos interiores, nostalgias personales, agendas ocultas que nunca nos formulamos, pero que actúan desde nuestra clandestinidad interior y pervierten nuestro trabajo.

Lo que no nace gratuitamente, acaba por pasar factura a los demás o a nosotros mismos por los servicios prestados. Exige reconocimiento, éxito constatable y publicable. Incluso puede destruirnos a nosotros, cuando nos somete a exigencias que superan nuestras posibilidades reales y nos ignoran.

Esta dimensión de la gratuidad es particularmente necesaria hoy cuando la situación de los pobres se ha agravado. Tenemos más pobres y en mayor pobreza. Son los excluidos de nuestro mundo.

La gratuidad lleva a ser firmes en el trabajo por el Reino de Dios, más allá de las constataciones históricas de fracaso o retroceso. Cada día sigue fluyendo hasta este mundo maltrecho la oferta generosa de Dios que crea la vida nueva. El que acoge este don, busca el amor eficaz con tanta profundidad que no se deja paralizar por los episodios dolorosos de rechazo. En definitiva *sólo el amor gratuito es realmente eficaz* porque deja limpiamente el amor de Dios entre nosotros.

Lo profético y lo sapiencial

En determinados momentos, todos estamos envueltos de tal manera por los mecanismos encubridores de la situación, que no percibimos con suficiente claridad el deterioro social, y las componendas de los responsables de formar la conciencia del pueblo. Todo deterioro aparece como razonable, y las voces débiles y aisladas que se quejan, son silenciadas con facilidad por los que están envueltos por el mismo sistema.

En ese momento Dios nos envía profetas que nos aclaran con una palabra afilada como una espada, lúcida y audaz, el mal, "que clama al cielo", la queja que sólo puede expresarse de manera ahogada y débil en los sufrimientos sofocados de las víctimas.

Este es el comienzo de la gracia de Dios, pues el aclararnos el mal que nos carcome a todos por dentro, nos ofrece también el perdón que rehace el dinamismo interior de la persona y de la comunidad.

En esta posibilidad nueva el profeta anuncia los nuevos caminos que nos sitúan dentro del Reino de Dios. Es el tiempo de construir, que sigue al momento de destruir el mal.

Pero el profeta, no siempre nos puede decir cómo se realiza lo nuevo y como se destruye lo viejo que mata. Si no tenemos la "sabiduría" suficiente, podemos destruir las personas con la espada de la denuncia o podemos abrumarlas con la carga que les imponemos encima, por el peso desproporcionado a sus fuerzas, porque no saben cargarlo, o porque queremos imponerles un ritmo que nace más de nuestra impaciencia ansiosa, que de las exigencias razonables de la situación y de las personas.

Los sabios dan el tiempo y la contemplación necesarias para observar las personas y situaciones, y ayudan a que la novedad que Dios nos ofrece anunciada por el profeta, sea también integradora de la persona que se compromete porque la respeta en su justa medida, en sus posibilidades reales, en su historia completa.

El sabio encuentra los símbolos que resumen y movilizan de una sola mirada, el proyecto futuro. Lo simbólico une, integra, da sentido, dinamiza. Es lo opuesto a lo diabólico que divide, separa, desintegra y paraliza.

El sabio ayuda a encontrar los espacios, los tiempos, los ritmos y los rituales que nos transforman en capacitados creadores del futuro de Dios.

El sabio necesita del fuego del profeta, y el profeta necesita de la pedagogía del sabio. Las dos dimensiones tienen que dialogar entre sí constantemente, para *no fundirnos en la luz intensa del profeta, ni acomodarnos en la síntesis del sabio*. No siempre es fácil encontrar en la misma persona esa síntesis que sí tiene que estar presente en el conjunto de la comunidad para poder avanzar como cuerpo creador.

Lo comunitario y lo personal

Hemos insistido con toda razón en la necesidad de reforzar la dimensión comunitaria de la fe. Somos cristianos en una comunidad, que no se agota en los lazos jurídicos o dogmáticos. La vivencia de lo comunitario es fundamental.

Desde las primeras páginas del evangelio, Jesús empieza reuniendo alrededor de su persona un grupo de discípulos, para anunciar la llegada del Reino desde una comunidad. La fuerza del Reino los congrega. Sólo desde una comunidad se puede predicar que el Reino viene a unir, a poner en su sitio todas las leyes religiosas que separan farisaicamente, y a romper todos los yugos que dividen al pueblo de Dios oprimiéndole con cargas económicas o políticas.

Grandes gestos simbólicos, como compartir el pan entre la multitud de hambrientos, anuncian esta realidad, así como la última cena, justo antes de que el mazazo de la pasión disperse en pedazos la comunidad de los discípulos.

Las mismas experiencias de la resurrección, que empiezan siendo experiencias individuales, van llevando a todos los discípulos a la comunidad, donde, al compartirlas, se toma plena conciencia de lo que significa el hecho de Jesús resucitado. Serán en el futuro testigos de la resurrección de Jesús que ha sido capaz de congregar a los dispersos y desencantados.

La dimensión comunitaria, no afecta sólo a la comunidad cristiana, sino que busca crear los mecanismos sociales que permitan la existencia de un verdadero pueblo de Dios viviendo en "justicia y derecho" (Gn 18,19).

Pero en este esfuerzo comunitario, a veces hemos olvidado las necesidades ineludibles de cada persona individual. Hemos impuesto ritmos que han quemado a las personas más débiles. Hemos excluido a

los que no han podido llenar los requisitos impuestos por nosotros para entrar en la comunidad, sin ofrecer los elementos de acogida y acompañamiento necesarios para que pudiesen crecer. Muchas personas han quedado tendidas sobre las arenas de un desierto que no se puede atravesar solos, sino en comunidad, como pueblo solidario.

La atención a cada persona, con el acompañamiento necesario, es fundamental en esta hora en la que la complejidad de la situación social, crea sicologías heridas y desintegradas que necesitan una atención personal y permanente.

Por otro lado, según la más sabia tradición de la Iglesia, hay que revalorizar de nuevo la figura del acompañante espiritual, no sólo para los religiosos, sino para todo cristiano.

La persona sólo se realiza como cristiana en la comunidad, y la comunidad sólo es posible cuando se presta atención a cada persona concreta con toda su originalidad insustituible.

La utopía y los germinal

Durante los años setenta y ochenta hemos afirmado con tanta fuerza la utopía de una sociedad nueva y más humana, que parecía estar al alcance de la mano. En muchos casos, teníamos representaciones bien concretas y precisas.

Esta utopía tan cercana, nos atraía con fuerza desde el horizonte, y nos hacían aparecer como razonables, ritmos de vida acelerados hasta la ruptura. Mucha generosidad ha abonado con su sacrificio esta sociedad más justa para las grandes mayorías.

Con la caída del socialismo, al hacerse más compleja la realidad, muchos han sido invadidos por el desencanto y la dimensión utópica se ha borrado del horizonte.

Pero la utopía es una dimensión fundamental de la existencia humana. "El paraíso", "la tierra que mana leche y miel", "la nueva Jerusalén", han sido siempre imágenes horizonte, que atraían con su luz de futuro iluminado la existencia cautiva presente. Se apoyaban en la promesa de Dios, y encendían una esperanza capaz de vencer la angustia frente a lo desconocido.

Jesús mismo anuncia el Reino de Dios, como realidad última de la existencia humana, que engloba e integra todas las dimensiones de la persona, del cosmos y de la historia en diálogo permanente con Dios. La cosecha

abundante de las parábolas, el banquete para todos los excluidos, son imágenes de esta utopía.

Pero esta realidad última ya está presente de manera germinal, pequeña, imperceptible para las mayorías, en el ahora que aparece sin salida. Precisamente, cuando sólo vemos tierra arrasada, sin una sola hierba verde, ya está gestándose bajo las apariencias desoladas la novedad que Dios ha sembrado.

Contemplar la novedad de lo que Dios ha sembrado, acogerla y comprometerse con ella, supone una capacidad contemplativa que se escapa de las realidades impuestas a nuestra sensibilidad por todos los mecanismos publicitarios y manipuladores de la sociedad moderna.

Si sólo miramos la utopía, el horizonte, podemos atropellar con nuestro paso seducido los pequeños brotes germinales, o podemos tropezar con los obstáculos cotidianos. Si sólo miramos lo germinal, podemos complacernos con los pequeños brotes de vida sin situarlos en la perspectiva más amplia, dejando que la utopía para todos nos desapropie de todo y nos ponga en camino.

Un paso tras otro paso

Como al caminar, adelantamos primero un paso y después el otro. Tal vez hemos afirmado durante los últimos años con demasiada fuerza el primer término de estos cuatro momentos en diálogo que hemos expuesto. Enseñamos la eficacia, lo profético, lo comunitario y lo utópico, pero tal vez ahora sentimos la necesidad de acentuar los otros cuatro elementos, lo gratuito, lo sapiencial, lo personal y lo germinal.

Como no se trata de realidades excluyentes, sino que deben dialogar entre sí, para encontrar el ahora del Reino, podemos vivir este momento como profundamente integrador. Así nos será posible recorrer las grandes distancias del compromiso cristiano.

Nos apoyamos en lo ya experimentado para dar el siguiente paso. Así no estamos marchando siempre sobre el mismo sitio. El afirmar unas realidades nos ha permitido sentir la necesidad de recibir las otras. Es la ley del caminante.

El pueblo nos enseña

Nuestra insistencia en los primeros elementos de estas cuatro binas en diálogo, nos lleva ahora a descubrir que el pueblo es maestro

en las cuatro dimensiones que aparecen en segundo lugar en esta dialéctica.

- ❑ El pueblo latinoamericano es maestro de lo *gratuito*, de lo festivo. Es capaz de dar todo lo que tiene en un momento de necesidad, y de ser solidario sin saber esperar retorno. Como la viuda del evangelio, su contabilidad es de una generosidad sorprendente.
- ❑ También es sabio para resistir y sobrevivir en las situaciones más adversas, que parecen imposibles de superar. Mucha de esta *sabiduría* acumulada, se transmite en frases cuyo origen se pierde en la creatividad de la memoria colectiva.
- ❑ Cada *persona* es importante, y espontáneamente piensa más en términos individuales que estructurales. Por eso tiene un sentido tan grande de la hospitalidad, de la acogida, de la persona concreta a la que hay que tratar con dignidad, y valora tanto el ser tratado como persona por encima de otras consideraciones de rendimiento que pueden atropellar su dignidad.
- ❑ También nuestro pueblo sabe vivir el ahora, lo concreto, el instante, lo *germinal*. Sabe acoger lo que la realidad le presenta ahora, pues su vida está siempre expuesta a lo imprevisible.

Aunque cada una de estas dimensiones positivas, pueden tener su limitación posible, falta de previsión, fatalismo, hipersensibilidad ante los desacuerdos y falta de planificación, no cabe duda que nuestra contemplación y vida compartida con los pobres, nos puede enseñar mucho de estos valores que la cultura moderna tiende a arrollar, y que nosotros necesitamos integrar en nuestras síntesis personal y comunitaria.

“Subir a Jerusalén hoy”, lugar de la muerte y la resurrección, supone afirmar la utopía del Reino en medio de una sociedad con mecanismos poderosos de exclusión y de muerte. Afirmamos que tantos esfuerzos que han sido crucificados y enterrados ya han empezado a resucitar. Nosotros nos sentimos comprometidos con estos brotes germinales que desafían desde su fragilidad la lógica de las fuerzas que dominan este mundo con insolencia.